

# EL UNIVERSAL

EL UNIVERSAL, DOMINGO 22 DE NOVIEMBRE DE 1981 — AÑO LXXII — N° 26.014

CULTURALES

EL UNIVERSAL Domingo

Los Disidentes (I)

## Una Explosión Intelectual

—Angel Rama—

### 1. La disidencia, problema de Occidente

Al comienzo se les llamó **emigrados**, utilizando el rótulo con que la Revolución Francesa designó a los aristócratas que huyeron: ese era aún el apelativo de Ivan Bunin, quien escribía apaciblemente en una aldea de Suiza cuando cayó sobre su cabeza el Premio Nobel de Literatura. Desde la patética carta de Zamiatin a Stalin en 1930 pidiendo que se le permitiera salir del país, se comenzó a llamarlos "**exiliados**", término que comprendió pronto dos grupos: uno, minoritario, de "exiliados exteriores", y otro, mayoritario, de "interiores", aunque estos últimos, como Babel o Mandelstam, muy pronto morían misteriosamente en los campos de trabajo forzado. Desde la muerte de Stalin y la distensión que inauguró Jruschov en el XX Congreso denunciando sus crímenes (el apresuradamente bautizado "deshielo" por Ehrenburg) pasaron a llamarse **disidentes**, término que por un oscuro desplazamiento semántico concluyó designando una oposición absoluta, que no solo comprendía el régimen político soviético, sino al comunismo, a las variadas doctrinas socialistas y a los padres de todas esas criaturas, de Carlos Marx en adelante, y en algunos casos extremados y definidores, a la misma burguesía occidental y al pensamiento racionalista que había servido de cauce a su tarea histórica, poniendo de este modo en el banquillo de los acusados a todos los tiempos modernos, de Descartes en adelante.

A esta altura, la disidencia dejó de ser un problema interno de la Unión Soviética. La política adoptada por los nuevos dirigentes, la cual sustituyó el fusilamiento o la detención por vida en campos de trabajo de la época estaliniana, por autorizaciones para salir del país o destierros, acompañados de suspensión de la nacionalidad, trasladó a Occidente centenares de intelectuales, artistas, científicos, religiosos, meros profesionales o técnicos, o incluso generales (Grigorenko), haciendo de la disidencia un conflicto interno del mundo occidental. Si a esto se agregan las constantes fugas de intelectuales tanto de la URSS como de otros países socialistas (de Hungría en el 56, aunque muchos volvieron; de Checoslovaquia en el 68, sin que ninguno volviera y el número se acrecentara en años posteriores; de Polonia, medianamente encubiertas autorizaciones; de la Alemania en sucesivas tandas, hasta hoy) puede fácilmente concluirse en una objetiva comprobación: la disidencia intelectual del socialismo realmente vigente, como gusta decir el teórico soviético Suslov, ha sido el acontecimiento intelectual de mayor resonancia de la segunda posguerra, el mayor esfuerzo de cuestionamiento del sistema comunista y a la vez la más ácida requisitoria contra las democracias burguesas occidentales. Es cierto que para alcanzar esa dimensión ha contado con la entusiasta colaboración de los "mass media" occidentales que llegaron a oficiar como aprendices de brujo, pues movidos inicialmente por el anticomunismo de los disidentes, que servía para combatir la fortaleza intelectual de la izquierda de Occidente, se encontraron pronto con que ellos ponían también en entredicho las bases de la democracia racionalizada, laica y funcional. Fue el caso de la figura central del movimiento, Soljenitsyn, a quien se debe una de las más asombrosas y victoriosas campañas intelectuales de los tiempos contemporáneos, gusten o no sus ideas. La existencia de los campos de concentración en la URSS había sido denunciada desde los años treinta y era un cargo que figuraba en el memorial de agravios del anarquismo y del trotskismo, disponiendo de un

muestran el gusano en la fruta y despojan a Occidente de las auroras que cantaba. Algunos se desconsuelan e intentan conservar la esperanza, aunque sea falsa. Otros temen que después de tanta luz, aunque sea ciega, venga el retorno a las tinieblas de la reacción o a una Edad Media mística".(1)

(Conviene desde ya introducir algunos deslindes, indispensables para entendernos. Cuando la Kristeva habla de Occidente, al igual que cuando lo hacen los disidentes, se está refiriendo estrictamente a la Europa desarrollada y a los Estados Unidos. El vasto mundo que está más allá, nuestro mundo, no existe, ni pesa en el debate. Paralelamente, es la incorporación de nuestro mundo, particularmente la América Latina, lo que hace rebotar plurales contradicciones: en él la izquierda ha debido acortar sus demandas, dejando en un nebuloso futuro sus proposiciones doctrinales para concentrarse en metas inmediatas de recuperación o desarrollo de las formas democráticas de vida social, esas que existen en la mayoría de los países desarrollados y que son las mismas que reclama la disidencia para sus patrias socialistas, con lo cual las demandas de ésta coinciden con las momentáneas de la izquierda latinoamericana, unas respondiendo a un raigal antimarxismo y otras a una variedad de marxismos que se han vuelto reformistas. Mientras para los europeos las demandas disidentes parecen anacrónicas, para los latinoamericanos son las indispensables para reconstruir o ampliar las bases democráticas de la sociedad. Pero he aquí que los más extremados disidentes apoyan en América Latina a aquellos gobiernos que han conculcado esas bases enarbolando

un a  
as q  
crac  
com  
ble  
ble  
A  
men  
so e  
mas  
cuar  
enca  
port  
nes  
de l  
sarr  
líne  
una  
un p  
sos.  
nun  
nali  
no c  
ubic  
nac  
tes.  
co  
me  
.....  
1.

Conv  
inver  
mana

Es "mass media" occidental que se agarró a como aprendices de brujo, pues movidos principalmente por el anticomunismo de los disidentes, que servía para combatir la fortaleza intelectual de la izquierda de Occidente. Se encontraron pronto con que ellos ponían también en entredicho las bases de la democracia racionalizada, laica y funcional. Fue el caso de la figura central del movimiento, Soljenitsyn, a quien se debe una de las más asombrosas y victoriosas campañas intelectuales de los tiempos contemporáneos, gusten o no sus ideas. La existencia de los campos de concentración en la URSS había sido denunciada desde los años treinta y era un cargo que figuraba en el memorial de agravios del anarquismo y del trotskismo, disponiendo de un abundante material bibliográfico. Sin embargo, fue Soljenitsyn quien estableció definitivamente el problema y fijó su fórmula —el archipiélago Gulag—, consiguiendo que hasta los partidos comunistas occidentales se retiraran de la anterior defensa monolítica del comunismo soviético y dentro de ellos se fortalecieron las tendencias, anteriores de larga data, hacia la definición eurocomunista, rótulo sin duda vago pero que fundamentalmente quiere des-solidarizarse de las vicisitudes del comunismo en la Unión Soviética. Ese mismo Soljenitsyn fue, sin embargo, el que atacó frontalmente en su discurso de Harvard a la democracia nortamericana que le había dado hospitalidad, estimándolo un régimen decrépito condenado a la extinción, contribuyendo de este modo, al igual que otros compañeros del movimiento, al robustecimiento generalizado de las tendencias neoconservadoras que se han producido en Occidente en la última década. Véase **El error de Occidente** (1980).

No fueron solo los "mass media" los que contribuyeron a la difusión de la disidencia en Occidente. También ella contó con una muy especial y comprensible participación de la comunidad judía internacional, que por esta vía consiguió la salida de un cuarto de millón de judíos que vivían en los países socialistas. Pero además, la intelectualidad liberal, la socialdemócrata y la socialista, contribuyeron a la divulgación del mensaje disidente, también apostando como los "mass media" a la corroboración que él prestaba a sus propuestas de democracia y libertad, aunque descubriendo pronto sus peligros ante los intempestivos apoyos de algunos disidentes a cuanto gobierno conservador, autoritario y anticomunista había en Occidente. El arriscado nacionalismo en que venían impregnados muchos de los disidentes, los volvía particularmente incapaces para apreciar los problemas políticos y doctrinales que se debatían en Occidente; trasladaban sus opciones dentro de la URSS (y más estrictamente rusas) al marco occidental, reclamando que éste acompañara su campaña nacional, sin más.

En oposición a estos apoyos y estos desconciertos, hubo en otros sectores de la izquierda (comunistas y afines), no el debate que pudiera haberse esperado, sino un cauteloso silencio. En el caso de América Latina, la apelación al frente único contra las dictaduras militares, silenció a muchos que estaban lejos de convalidar la situación interna soviética, y desde luego no faltó la gastada consigna de "no dar armas al enemigo" que sigue ignorando que el enemigo las tiene abundantemente sin necesidad de que nadie se las dé. A lo cual se agregó que el apoyo de Soljenitsyn a Pinochet apareció como un ominoso signo de la función represora y antidemocrática que contenía una parte del mensaje disidente.

De un modo u otro, la disidencia pasó a ser el problema intelectual de Occidente. Mediante las expulsiones, la Unión Soviética consiguió remendar su situación interna, postergar el momento en que deba encarar la fatal democratización de la sociedad, disminuir la velocidad del contagio al cortar los vínculos del equipo intelectual opositor con los sectores medios y sobre todo con los obreros, pues, tal como se vio en Polonia en la acción del KOR desde 1976, fue esa vinculación intelectual con los obreros la que, sumándose a la oposición católica, llevó a la creación de los sindicatos independientes de Solidaridad. La mala imagen publicitaria que conquistaron en Occidente los países socialistas, era el pago obligado para evitar perjuicios mayores internos, sobre todo en un periodo crítico marcado por la recesión económica mundial que ha erizado las protestas populares en todas partes.

Dentro de Occidente, el golpe mayor lo recibió la izquierda. Quizás sea el golpe más duro que ha recibido en el siglo largo de existencia que tienen sus diversas líneas, tal como lo ha percibido Julia Kristeva en un lúcido ensayo: "En consecuencia, quizás por primera vez, el Occidente carece del discurso progresista que se confiaba en el mañana. Venidos del futuro, los disidentes

# ganado

## con la LIBRETA GANADORA del Banco Hipotecario

La Libreta Ganadora del Banco Hipotecario de Falcón es la forma segura de que usted ahorre como un ganador. Sus ahorros ganan:

- Menos de 30 días, 8% anual
- Hasta 30 días, 10% anual
- Hasta 60 días, 12% anual
- Hasta 90 días, 14% anual
- Más de 90 días, 14,5% anual

El Banco Falcón no es entre ahorradores pequeños Ud. puede inversionista bolivares en ahorros, o certificado de Bs. 5.000,00 Dependiendo del plazo y le ofrecemos el mejor plan



**Banco Hipotecario**

Para información

**CARACAS:** Edif. Seguros Adriática, Planta Baja, Av. Francisco de Miranda, cruce con Av. Don Bosco, Altamira.

**CORO:** Edif. Banco



Los Disidentes (I)

# Explosión Intelectual

—Angel Rama—

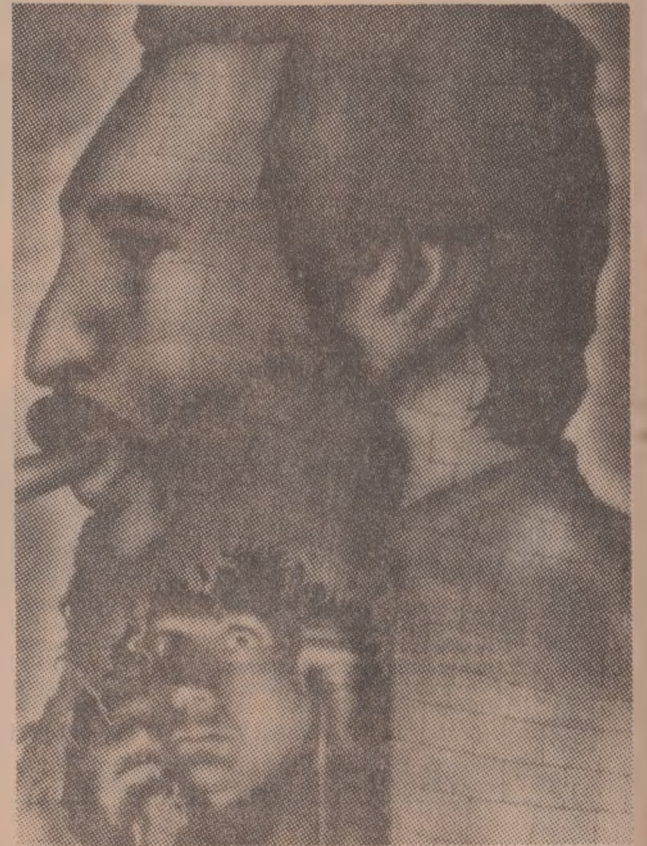
muestran el gusano en la fruta y despojan a Occidente de las auroras que cantaba. Algunos se desconsuelan e intentan conservar la esperanza, aunque sea falsa. Otros temen que después de tanta luz, aunque sea ciega, venga el retorno a las tinieblas de la reacción o a una Edad Media mística".(1)

(Conviene desde ya introducir algunos deslindes, indispensables para entendernos. Cuando la Kristeva habla de Occidente, al igual que cuando lo hacen los disidentes, se está refiriendo estrictamente a la Europa desarrollada y a los Estados Unidos. El vasto mundo que está más allá, nuestro mundo, no existe, ni pesa en el debate. Paralelamente, es la incorporación de nuestro mundo, particularmente la América Latina, lo que hace rebotar plurales contradicciones: en él la izquierda ha debido acortar sus demandas, dejando en un nebuloso futuro sus proposiciones doctrinales para concentrarse en metas inmediatas de recuperación o desarrollo de las formas democráticas de vida social, esas que existen en la mayoría de los países desarrollados y que son las mismas que reclama la disidencia para sus patrias socialistas, con lo cual las demandas de ésta coinciden con las momentáneas de la izquierda latinoamericana, unas respondiendo a un raigal antimarxismo y otras a una variedad de marxismos que se han vuelto reformistas. Mientras para los europeos las demandas disidentes parecen anacrónicas, para los latinoamericanos son las indispensables para reconstruir o ampliar las bases democráticas de la sociedad. Pero he aquí que los más extremos disidentes apoyan en América Latina a aquellos gobiernos que han conculcado esas bases enarbolando

un anticomunismo retórico, pues éste les ofrece garantías que no encuentran en el juego más libre de la democracia burguesa, cuya inorganicidad reprueban. Es, como se ve, una buena historia de malentendidos, pasible de ampliación, como veremos).

A pesar de ser reconocidamente la dialéctica el instrumento intelectual de que se reclama la izquierda, forzoso es reconocer que sus formas institucionalizadas y masivas practican más frecuentemente el idealismo, cuando no la fe del carbonero. De ahí la dificultad para encarar en América Latina esa provocación que comporta la disidencia, con el agregado de las contradicciones en que se formula en el panorama interno, restricto, de los cometidos inmediatos a que está abocado el pensamiento izquierdista. De ahí también que siguiendo una línea tendencial que ya venía reorientándolo desde hace unas décadas, éste haya intensificado su fijación sobre un pragmático campo nacional (o, en el mejor de los casos, regional) acantonándose dentro de fronteras y renunciando, por el momento, tanto a la visión internacionalista como a la evaluación teórica, lo que obviamente no deja de producir rechinamientos en un período de intercomunicación planetaria como el presente, donde la ubicación internacional coincide frecuentemente con la nacional. Eso en cambio es lo que han hecho los disidentes, aunque extrapolando una situación nacional al marco internacional y reduciendo éste las sociedades altamente desarrolladas.

1. Julia Kristeva, "La réfutation du discours de gauche", *Tel Quel* Nº 76, París, verano de 1978. ★



# Convíértase en